

finidad de composiciones que no han pasado por el corazón, que ni siquiera han recibido el sacudimiento nervioso; de Heine no haríamos tal selección sin incurrir en injusticia. No habrá sido Heine «poeta entero», en el sentido que suele darse a esta frase, significando con ella que el poeta ha encarnado plenamente una época de unidad, como hicieron Homero y Dante; pero no siendo de unidad nuestra época, todavía observaríamos que tampoco las individualidades aisladas ostentan la unidad de su espíritu, y que bastantes poetas se desmienten a sí mismos a cada nueva obra. No así Heine, que es idéntico a sí mismo, al través de los cambiantes, ricos matices complejos de sus ironías, sus burlas, sus ternezas y sus lágrimas.

Enrique Heine es por excelencia el poeta del amor. Esto hará encogerse de hombros a muchos que ven en el amor un entretenimiento más o menos agradable y peligroso de la mocedad. El amor es eso, y es otras muchísimas cosas, y puede ser tema de una lección o de varias lecciones que dé a sus discípulos un catedrático de fisiología, como puede ser asunto de postales transparentes, y regocijado «cilindro» para saineteros, y cuanto se quiera añadir, porque el amor da larga tela y sobre el amor se ha escrito mucho y discutido más. Hay sin embargo, un concepto del amor que nadie ha expresado como Heine. Su gloria en esto consiste: en haber dado exactamente la nota contemporánea del sentimiento—contemporánea y eterna, como le ha sucedido al hijo de David, otro hebreo, otro intérprete de la aspiración infinita, que toma forma de amor humano, no siendo en realidad sino la inquietud de lo divino.

Nada tan difícil como una nota amorosa en la cual, ni la sensualidad repugna, ni la idealidad hiele, ni la ternura degenera en babas de sensiblería, ni la queja y el descubrir las heridas de un corazón desgarrado toca jamás en cinismo, en vulgaridad, escollos de esta clase de confesiones. No hay cosa más fácilmente grotesca que los lamentos y efusiones de un enamorado. Podrá él sentir del modo más ardiente y sincero lo que planea, y nos hará reír, si no lo dice con la fervida y doliente energía que pertenece a los grandes líricos, Salomón, Safo, Heine. La voz que la juventud escucha en los murmullos de la selva y en los acordes de la guitarra al pie de la celosía morisca; la otra voz, más misteriosa, que hace de una mujer el símbolo de la constante ansiedad y del insaciado deseo que la materia no alcanza a satisfacer, apenas algún escogido, en el transcurso de siglos, sabe modularla en forma poética. Por eso Heine—como acertadamente nota su insigne traductor—se ha colocado más allá y sobre el romanticismo de insulsa fantasmagoría, de castillo feudal y monasterio gótico. Fué ese el romanticismo que se queda antiguo como una moda, como un sombrero o un peinado de melena; y al decir que el romanticismo de Heine se enlaza, corridos tantos siglos, con el de Suleimán el oriental en el *Cantar de los Cantares*, queda dicho que la juventud y la frescura de la musa de Heine son la juventud y la frescura del alma humana, que en cada primavera renace y en cada tiempo se ríe del tiempo y de las circunstancias, remontándose al cielo azul de los sueños y los dolores sólo sufridos por los que son, entre la muchedumbre ciega y confusa—como diría el poeta,—caballeros del Espíritu Santo.

Leí a Heine en alemán, gustando esa peculiar melodía, tan ingenua en apariencia y tan artística en el fondo, de unos versos donde el decir es bello porque es natural, porque obedece al sentimiento y no le usurpa jamás sus atribuciones. No cabía—o al menos yo lo creía así—separar en Heine la forma del contenido, y de ello me persuadí doblemente cuando intenté traducir en lengua castellana algunas composiciones de las *Cuitas juveniles*, de los *Cantares*, del *Intermedio* y de *Mar del Norte*. Todavía recuerdo mi versión de una de las más sentidas composiciones del *Regreso*:

«Cuando a las luces de la aurora suelo
pasar ante tu casa,
me causa regocijo, dulce niña,
el verte en la ventana.
De tus oscuros ojos
curiosa me pregunta la mirada:
¿Pobre extranjero enfermo,
¿qué tienes?, ¿por qué sufres?, ¿qué te pasa?
Soy alemán poeta,
conocido en las tierras de Germania;
si a los ilustres nombran,
también mi nombre te dirá la fama.
Y en cuanto a lo que sufro...
muchos, niña, lo sufren en mi patria;
ya te dirán la mía,
si te dicen las penas más amargas...»

No pasarían de diez ó doce las composiciones que me atreví, ni habían sido muchas las que con tanto singular puso en castellano Eulogio Florentino Sanz; publicáronse otras traducciones de Heine que corren impresas y contribuyeron a familiarizar con él a este público español que le sintió por primera vez quizás al través de su gran discípulo Bécquer; pero el traductor por excelencia del cantor del mar del Norte (y de Goethe), es Teodoro Llorente, que con extraño acierto, primorosa versificación y rara combinación de respeto a lo nacional del poeta y lo castizo de nuestra habla, ha trasladado completo al Heine lírico.

Por el mismo sabor castizo de sus traducciones—cosa digna de notarse—ha sido censurado Llorente. Sin duda echan de menos, en su concienzudo trabajo, algunos germanismos. Un crítico famoso le reprehende por haber hecho hablar a Fausto como a un personaje de Calderón. Yo debo decir que el mérito principal de las traducciones de Llorente lo hallo en esta adaptación feliz a la índole de nuestro idioma. Es justamente lo que las distingue de otras versiones estimables, pero que sufren la tiranía del original, se ciñen a él sin flexibilidad, y con un giro, con una frase, revelan que no ha habido manera de fundir el espíritu del poeta en la turquesa de nuestro idioma.

Algunas de las composiciones traducidas por el ilustre valenciano son, en este respecto, modelos. He aquí una:

¡Están emponzoñadas mis canciones!
¿No lo han de estar, mi amor?
Tú mataste mis dulces ilusiones
con tósigo traidor.
¡Mis canciones están emponzoñadas!
¿No lo han de estar, mi bien?
Llevo en el alma sierpes enroscadas...
Te llevo a ti también...

Otra más nacida en español, si cabe:

Todas las noches, en feliz ensueño,
hermosa y melancólica te miro:
tú me sonríes, y con loco empeño
me prosterno a tus pies, lloro y suspiro.
Contemplas dolorida mi quebranto,
doblas después la cabecita rubia,
y las divinas perlas de tu llanto
tus ojos vierten en copiosa lluvia.
Y me das de ciprés rama siniestra,
y una palabra dejas en mi oído;
y despierto azorado, y en la diestra
falta la rama, y la palabra olvido.

Casi puede afirmarse que toca a la perfección el traductor, identificándose con el sentimiento y la recóndita esencia del poeta alemán, en la muy conocida, bellísima versión de la célebre balada de Loreley:

Estoy triste, muy triste, sin que entienda
la razón ni el porqué.
Fija tengo en la mente una leyenda
que en la infancia escuché.
Era frío el crepúsculo; rodaba
tranquilo el Rhin; el sol
las cúspides remotas alumbraba
con su último arrebol.
Allá en la cima, en trono diamantino,
en fulgido sitial,
peinaba sus cabellos de oro fino
doncella celestial.
Peinábalo con peine también de oro,
cantando una canción
cuyo eco singular, triste y sonoro,
turbaba el corazón.
Surcó un barquero la corriente undosa:
oyó el dulce cantar,
y contemplando a la doncella hermosa,
fué en el escollo a dar.
Tragó el río la barca y al barquero:
y esa tirana ley
sufre siempre quien oye el lisonjero
cantar de Loreley.

La fidelidad va aquí hermanada con la libertad y el dominio de la forma, porque para traducir de este modo hay que ser poeta, además de versificador. La melancolía de esa balada, donde se une el encanto capcioso de la tradición y de las viejas consejas ancestrales al espíritu moderno, a la queja del alma de un siglo, que está triste no sabe por qué y pregunta la causa a la doncella del pelo de oro cuyo cantar arrastra a la muerte, está admirablemente expresada por el vate valenciano, con palabras corrientes, usuales, sin prosaísmo y sin afectación. Una vez más hay que ensalzar a quien nos abre el palacio hechizado del mago de Dusseldorf, del ruiseñor al cual sus descendientes, los ruiseñores de las otras primaveras, no han podido hacernos olvidar. ¿Ni cómo era posible?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acabo de recibir un tomo de poesías de Enrique Heine, traducido por Teodoro Llorente. El tomo, sobre mi mesa de escritorio, con el juglar de su portada, parece hablarme de tiempos que pasaron—no para este ó aquel individuo, sino para el mundo,—porque habla de romanticismo, de ensueños, de algo que sólo se ve bien a la luz de la luna.

No es el romanticismo de Enrique Heine como el de Zorrilla ni como el de Víctor Hugo, ni siquiera como el de Alfredo de Musset. El romanticismo de cada poeta es distinto; lleva el sello inconfundible de su personalidad. En Zorrilla es objetivo, externo, épico; en Víctor Hugo, filosófico, político, enfático; en Musset, infantil, dolorido, caprichoso, como juego de volante mariposa; en Byron, elegante, desdenoso, esplenético; en nuestro duque de Rivas aparece envuelto en el clasicismo nacional, con dejos del *Quijote* y de novela picaresca; y en Pastor Díaz—poeta casi olvidado—presenta marcada fisonomía regional. En Enrique Heine, el romanticismo es siempre lo que sólo fué por momentos en otros poetas: expresión profunda del sentir, lirismo en la más honda acepción de la palabra.

Ningún poeta ha hecho en mí tan fuerte impresión—después de Salomón, que es el mayor lírico del mundo—como Heine. No afirmo que deba concedérsele la primacía; me limito a declarar que sus versos me dicen lo que otros no supieron decirme. En general, se me quedan muy lejos del alma los poetas civiles y políticos, género Quintana y Alfieri; y los poetas de vestidura rozagante (como Víctor Hugo y Zorrilla) me interesan por el elemento formal y verbal; me deslumbran frecuentemente con la magnificencia de su ropaje ó con la música de sus estrofas, pero no dejan en mí la huella de esas ansias más hermosas que la felicidad, esa angustia adolorada que encuentro en Heine—hablo del Heine lírico, no del satírico, que no pudo evitar el común destino de los satíricos todos: perder su fuerza con los años; lo contrario de lo que le pasa al buen vino.

El Heine que no tiene nada que temer del tiempo, es el Heine del *Libro de los Cantares*, del *Intermedio lírico*, del *Regreso*, de *En las montañas del Hartz*, de la *Nueva primavera*, del *Mar del Norte*, de ese conjunto de poemas breves, nunca difusos ni fríos, entre los cuales no hay uno que no proceda del yo íntimo, que no responda a lo que el poeta siente, quiere, sueña y llora. De cualquier otro poeta podríamos desechar broza, separar obra muerta, in-